Violencia y Palabras

por Enrique Ghersi

"palabras y, debajo de esas palabras, sangre"
Giovanni Papini

"Si medimos la violencia por su cantidad, nos encontramos con certeza en la edad del terror". Diaria es la constatación de este juicio formulado por el antropólogo Edmund Leach, en el transcurso de sus charlas por la BBC de Londres. Y es cierto, no sólo porque la violencia contemporánea ha alcanzado niveles superiores a los de otras épocas, sino porque sus actuales características hacen de ella uno de los males más terribles de las sociedades humanas.

La aspiración del hombre por un mundo mejor, a través de su propia conducta, difundida profusamente, no ha puesto término a la violencia sino, por el contrario, parece haberla acrecentado.

¿Cuál es el motivo? Pretender reducir a una sola las causales que originan el desmedido aumento de las relaciones violentas entre los hombres, es error que no debemos cometer. Empero, tengamos en cuenta que podemos analizar algunas de las vías que ha proporcionado una dimensión a tal crecimiento.

Creemos, junto con Leach, que la tendencia general hacia la solución anormal de los conflictos es una paradójica consecuencia de la comunicación verbal, originada en la dimensión mágico-fetichista que el uso de las palabras acarrea. Cosa que no ocurre, por ejemplo, en la comunicación conductual de los animales.

Ese fetichismo hace pensar que los hombres que se comportan de modos distintos a los nuestros son, en realidad, cosa distinta que seres humanos. Ya Ogden y Richards, hace algunos años, demostraron la trascendencia religiosa del uso de muchos términos considerados, por sus hablantes, como expresiones tautológicas.

La comunicación verbal importa exclusión de los demás hablantes, animadversión por aquel con el que es dificultoso establecer un diálogo, propensión por encontrar un mecanismo de funcionamiento social donde no se necesite hablar con los demás para obtener una solución a cada una de nuestras desavenencias. En aquélla está latente la disputa, el origen de la violencia, que se distingue de la fuerza y del poderío porque requiere de implementos para adquirir violencia social.

Debido a nuestra educación en hábitos verbales de lenguaje, y a cómo éste se organiza, cada uno de los individuos se sitúa, constantemente, en actitud de contienda. Máxime si recordamos que es gracias al lenguaje como concebimos el mundo y que, por tanto, todos aquellos con los que nos es imposible hallar un medio de comunicación idóneo, vienen a ser nuestros enemigos, por no compartir nuestra visión de las cosas.

Cada persona se identifica con un "nosotros" simbolizado por el código lingüístico que utiliza, lo que la lleva, inevitablemente, a contrastar con alguna "otra", quien no lo comparte, y a la que le atribuye cualidades no en función a su propia naturaleza sino atendiendo a la opinión que sobre ella se ha formado.

De ejemplos está llena nuestra vida diaria: conservadores y liberales, totalitarios y demócratas, viejos y jóvenes. En cada una de las disyuntivas está el principio de la violencia, porque no es posible establecer una comunicación apropiada, funcional y tolerante.

No creemos que sean los hechos ni las contingencias sino las palabras las que generan la creencia en que tal o cual visión de la realidad es la acertada, con exclusión de todas las demás. Lo que resulta, en síntesis, la base de la ortodoxia política, como elegantemente apuntara Jean Grenier en los años treinta. Tal vez ése haya sido el motivo del fracaso de muchas civilizaciones, tal vez ése sea el horizonte de nuestra responsabilidad, encontrar la fórmula de interpretar las cosas, nuestra particular realidad, atendiendo más al respeto que a la intolerancia, más a los hechos que a las palabras, más al esfuerzo por establecer una correcta comunicación entre los hombres que a entregarnos de lleno y sin resistencia en los brazos de la violencia, vehículo irracional de la historia.